

Gustavo Ciuffo

Tres cuentos

Primer Premio del Quinto Concurso Literario Gramma

Boris, el trapecista

Mi nombre artístico es Michelle. Hace más de diez años que soy el mago del Fabuloso Circo de Praga.

Además de mis aptitudes para los juegos de encantamiento, poseo un don especial que siempre he ocultado: soy vidente. Basta que una persona se me acerque para saber lo que está pensando. De chico he considerado esta virtud como un arma de doble filo y nunca se lo he contado a nadie por temor a que la gente me esquivase. Y debo confesar que he presenciado las bajezas más impensables en mentes de personas en quienes nadie veía la más mínima propensión a la malignidad.

Pero sufro de culpa. Y este trastorno fue lo que me llevó a intervenir en lo que pasó con Francis Benet, o Boris el trapecista para el público.

Días pasados estaba en la casilla de Boris, ajustando algunos detalles de un par de números nuevos, cuando noté que se ponía muy fastidioso cada vez que yo nombraba al señor Hart, el dueño del circo. No pude evitar sumergirme en los designios de su mente y vi que, efectivamente, el trapecista estaba resentido con el señor Hart por algo muy grave. Aquel juego de indiscreción me aterró cuando vi que ese rencor tomaba forma de venganza, una venganza que se me figuró como definitiva. Detrás de ella se encontraba la muerte.

Salí de la casilla de Boris ya entrada la tarde y me fui a ver a la única persona que podía ayudar a clarificar mis ideas. Brika era una prestidigitadora que hacía las veces de manager del circo. Era la mano derecha de Hart, y su amante. Esto último lo sabía solamente yo debido a mis escudriñamientos mentales, que más de una vez me habían advertido sobre esta relación. Y si no eran amantes lo habían sido o lo serían. Porque debo aclarar que mis visiones no son réplicas exactas de los pensamientos, sino que lo que percibo en la mayoría de las personas son sólo representaciones vagas, abstracciones emblemáticas o simplemente imágenes fragmentadas de un todo

difuso. En Brika y Hart, por ejemplo, yo había visto una pasión intensa y recíproca que se materializaba en imágenes estereotipadas que yo reconocía de mis experiencias, pero que sin embargo les correspondían a ellos,

Le conté a Brika la impresión que me había producido el encuentro con el trapecista. Obviamente no le hablé de mis aptitudes mentales, sino que le expliqué lo mal que se ponía Boris cada vez que mencionaba al señor Hart.

Para mi asombro, la prestidigitadora no sólo no se sorprendió sino que restó importancia a mi preocupación y se rió cuando le dije que tenía un mal presentimiento.

—Boris es incapaz de hacerle mal a alguien. Deben ser ideas tuyas, pero para que te quedes tranquilo, mañana voy a hablar con él —me dijo.

Esa noche estuve varias horas leyendo sin poder dormir. Iba y venía por mi casilla, practicaba un truco de naipes y de vez en cuando miraba por la ventana, que me devolvía una mansedumbre de carpas ondulantes y algún que otro gemido apagado de la jaula de las fieras.

Aquella quietud se quebró de pronto cuando oí el ruido de una puerta. Era la puerta de la casilla de Boris.

Salí con intriga; crucé el descampado y vi que una luz tenue ilustraba dos siluetas en el interior de lo del trapecista. Me acerqué sin hacer ruido. Una brisa del sur contraía mis músculos.

Vi que Boris y Brika charlaban animadamente. De repente, descorcharon una botella de vino y sus cuerpos se enredaron. Me sentí incómodamente indiscreto y me fui a dormir con la certeza de que todo estaba bien y que quizás mis visiones habían sido falaces. Al fin de cuentas, en ningún momento había percibido la historia de Brika y el trapecista y, de la misma manera, podría haber supuesto en forma errónea mis impresiones sobre el rechazo de Boris hacia el dueño del circo.

La función del otro día comenzó, como de costumbre, con el número de los acróbatas. Boris era el encargado de cerrar la primera parte del show con una doble vuelta mortal y un cambio de trapecio en el aire. Lo vi desde atrás del telón frotándose las manos. Estaba concentradísimo y su cuerpo eufórico se contoneaba esperando la llegada horizontal del trapecio. El señor Hart, desde abajo, anunció la proeza del artista y un silencio expectante se apoderó de la carpa.

Boris calculó el tiempo exacto y saltó al vacío.

Después de una doble vuelta impecable, un alarido gutural descendió veinte metros y el paralizado dueño del circo vio que el cuerpo del trapecista se le acercaba cada vez más.

La capitulación

Supongo que a usted no le interesa lo que le pasa a otra gente. Pero si todavía está dispuesto a escuchar, voy a tratar de explicarle cómo he llegado hasta acá.

Sin entrar en detalles, llevo una vida bastante tranquila; a los treinta y siete años no tengo compromisos de ningún tipo y estoy más solo que un árbol.

No me gusta usar la palabra «robar» porque nunca me he considerado un ladrón hecho y derecho, aunque creo que, si hoy estuviera el Tony se avergonzaría de ver lo bajo que ha caído su discípulo más prometedor. El Tony me inició en este ingrato arte cuando yo sólo tenía catorce años y él ya era un consumado profesional. Por ese entonces, yo había dejado de estudiar y mi padre me había puesto a trabajar de cadete en la oficina, donde seguramente estaría hasta el día de hoy de no haber sido por el Tony.

Me acuerdo perfectamente el día que lo vi por primera vez: era un tipo canoso y menudo, pero tenía la insolente prestancia de un gallo de riña. Nunca olvidaré las palabras con que me recibió la noche en que me presentaron para sumarme al grupo: «Si usted cree que va a formar parte de una banda de delincuentes ya se puede ir con las expectativas a otro lado, jovencito». Al poco tiempo, yo estaba robando carteras en las colas de los colectivos o abriendo las puertas de las casas con notable pericia y me sentía un verdadero delincuente.

Tardé algunos años en entender lo que me quiso decir el Tony aquella noche. No robábamos únicamente para comer o para ganar dinero. Es más, no era básicamente para nada de eso: era algo mucho más pretencioso y trascendente, algo extraordinario con un digno ideal de belleza en el fondo. Saquear una casa, por ejemplo, era eternizar una obra irrepetible, como pintar *Los puentes del Sena* o escribir *Los hermanos Karamazov*.

Tony solía preparar un plan básico que debía ser estudiado hasta el más pequeño detalle por todo el grupo. Pero era sólo eso: una estructura original que garantizaba una acción segura. Lo cierto era que en el momento del «robo» cada uno podía —debía— esforzarse por agregar una particularidad propia que enalteciera la obra.

Se preguntará por qué le estoy contando esto a usted... nada menos que a usted.

Quizá porque necesito recuperar esa sensación tan digna de los primeros tiempos y así justificarme, o tal vez porque usted es el culpable de que ese exquisito capricho que alguna vez soñó el Tony termine de esta manera.

Creo que mi mayor aporte a la causa fue cuando entramos en el caserón de aquella viuda de mucho dinero. Era una noche húmeda, el aire caía como plomo licuado y el cielo, que daba la impresión de estar de duelo, nos invitaba a hacer nuestro mejor papel en aquella madrugada. Después de desconectar la alarma, entramos por una de las ventanas del jardín y fuimos derecho hasta la pieza de la dueña de casa. Ella dormía profundamente y manifestaba esa maravillosa sensación de flaqueza que transmiten las mujeres cuando duermen, cuando lo único que cuenta es la abundancia de un cuerpo desarmado, desconectado de la existencia inútil de la vigilia.

Cuando la despertamos volvió a ser la pobre millonaria de todos los días. Uno de los chicos le alcanzó su ropa y, ante el desconcierto de la mujer (que nos miraba como si fuésemos tres criminales de la peor calaña), la alzó con delicadeza y la llevó hasta el living.

No hizo falta despertar a la mucama, ya que la pobre había oído los ruidos y había venido derecho hacia la escena donde se consumaría nuestro delirio nocturno.

La muchacha nos miraba impávidamente y tenía el desconcierto absorto de un canario enjaulado. Era una chica de no más de veinte años; una modesta cabellera de rulos castaños remataba un cuerpo que, de tan consumido y encorvado, daba la impresión de ser un anzuelo gigante enteramente cubierto de carne humana.

Cuando les pedimos que se quitaran la ropa se abrazaron y empezaron a suplicar patéticamente. La desesperación que delataban sus rostros se transformó en desconcierto cuando les ordenamos que intercambiaran sus prendas. El vestido de gasa de la dueña de casa le quedaba extremadamente grande a la pobre mucama, mientras que las rellenas curvas de la millonaria dibujaban, debajo del traje doméstico, una grotesca sensualidad.

La dueña de casa tuvo que preparar la cena para la mucama y para nosotros, Comimos y bebimos a más no poder y después de que la millonaria terminó de servir el postre hicimos nuestro trabajo. Esa noche juntamos algunas joyas de valor y algo de dinero. Además, la dueña de casa no hizo más que trabajar para que la empleada viviera las mejores horas de su miserable existencia (aunque la pobre chica supo disimular bastante bien el placer que le produjo protagonizar aquellas situaciones que siempre había observado con resignación de clase).

Después vinieron otros saqueos y estafas que, seguramente, si yo se las contara, usted las tendría bien presentes, ya que en su momento tuvieron trascendencia para la opinión pública.

Le parecerá mentira, pero yo fui uno de los que estuvo en el frustrado robo al Banco Central que ocurrió hace dos años. Aquel hubiera sido, sin dudas, el gran golpe de Tony y su seguro retiro de la profesión.

Recuerdo que habíamos estado planeando ese robo durante meses y no había forma de que fallara. Teníamos la idea de dar a conocer el manifiesto de nuestra banda en pleno atraco y llevarnos todo lo que había en la caja fuerte. Cuando estuvimos en el Banco, Tony eligió a una anciana para leer la proclama. Invitamos a la señora a subirse al mostrador y ahí empezó lo bueno. Al principio, la pobre vieja estaba muy nerviosa y no le salían las palabras. Pero cuando prestó atención a lo que es-

taba leyendo, comenzó a asentir con la cabeza y a levantar la voz con real convencimiento.

—Usted, señor gerente, no es más que una marioneta en manos de los grandes mercaderes de nuestras vidas —gritó en un momento de exaltación.

Lamentablemente la fiesta duró poco. Un escuadrón de policías entró de golpe y todo terminó en la masacre que usted seguramente debe recordar. Tony fue el primero en caer cuando intentó calmar a la vieja que, fuera de sí, seguía leyendo como si nada.

Yo fui el único integrante del grupo que logró escapar.

Desde entonces, créame, mi vida no ha sido nada fácil. Pasaron muchas cosas antes de llegar hasta acá, pero ya ve... soy otro.

No lo culpo si no me cree nada de esto, pero necesitaba contarle mi historia, al menos para poder mirarlo a los ojos sin sentir vergüenza: la terrible vergüenza que me produce estar apuntándole para que me dé esos diez pesos.

Y dispararle si es necesario... reventarle el cráneo a balazos por diez pesos.

Diez putos pesos.

La última levedad del ser

Y entonces se hizo viejo.

1

Pedro bajó la llave del gas y apoyó la mano en la manija de la pava. Su piel desecha por el atropello de los años parecía la extensión natural de todo lo que lo rodeaba; las paredes, los viejos muebles y hasta la humedad de la casa se le habían ido metiendo de prepo en el cuerpo.

Chupó distraídamente un par de mates amargos y acomodó las fotos que había estado ojeando la noche anterior. Era extraño lo que le pasaba con esos recuerdos de papel. Habitualmente no podía ir a dormir sin echarles una mirada, y sin embargo al otro día los guardaba con rutinaria indiferencia, casi con la misma levedad con la que lavaba los platos o planchaba la ropa.

En el fondo sabía de qué se trataba, porque siempre había sido así. Nunca se había resignado a pensar

que él era una sola persona y mucho menos ahora que transitaba la recta final de su existencia.

Fue, quizás, reflexionar sobre esta, certeza lo que lo ayudó por fin a tomar la decisión de hacerlo.

Pensó que si su vida fuera un libro, poco le habrían importado los capítulos escritos entre la última vez que había estado con Elvira y este momento. Probablemente quien había protagonizado esas páginas era el otro.

Salió decidido y pidió un taxi hasta la estación.

Como todos los viernes, la terminal estaba atestada de gente que iba y venía o que simplemente se escapaba, sin saber de qué ni a dónde. Él, al menos, sabía lo que quería dejar atrás. Y esta certidumbre era el equipaje más pesado con que podía cargar ahora.

El tren se puso en marcha y el paisaje comenzó a escurrírsele de los ojos cada vez más rápido. Se durmió.

Soñó con una enorme escalera; no la veía pero podía sentir los peldaños que movían sus pies inertes y, contra su voluntad, lo conducían a una habitación oscura con olor a sexo. Ahí estaba Elvira. Aunque tenía otra apariencia, era como la caricatura de la mujer que alguna vez había conocido; cada parte de su cuerpo, cada gesto, cada movimiento delataba una grotesca decrepitud. La habitación se extendía cada vez más y entonces era él mismo el que se veía bajo repugnantes deformaciones físicas. Ella lo amaba más que nunca, aunque se escapaba por las mismas escaleras que él había subido pero que ya no podía distinguir.

El hombre despertó bañado de sudor frío y con las piernas entumecidas. Se despabiló lentamente y miró el cuadro que proyectaba la ventanilla del tren. Un cartel le anunció que faltaban ciento veinte kilómetros.

Las paradas y la tarde iban quedando atrás. En un par de horas estaría en el pequeño pueblo y la noche comenzaría a inyectársele en los huesos.

Repasó la foto que llevaba en su billetera como si necesitara convencerse de que ahora sí estaba dispuesto a ir a buscarla y que no volvería atrás como en sus intentos anteriores. Pensó que el soplo efímero de todos estos años en los que había tratado de ser feliz no había sido más que una ilusión. Entonces se le apareció el otro... el hacedor de su vida,

el que le recordaba a cada momento sus largos años, el que guardaba las fotos de Elvira cada mañana. Volvió a meditar sobre su pasado edificado mentira sobre mentira y reflexionó que ser feliz es muy fácil, y que lo difícil es vivir esa espantosa convicción.

Estuvo en ese estado caviloso hasta que llegó al pueblo. Se había hecho más tarde de lo previsto.

2

Decidió ir a cenar y pasar la noche en una hostería que le pareció bastante decente. No recordaba haber visto ese lugar en sus visitas anteriores pero pensó que, a juzgar por la antigua fachada, seguramente funcionaría desde hacía mucho tiempo.

En el comedor del hotel había un hombre que jugaba al solitario y bebía. Pedro reservó una habitación y se sentó a una de las mesas que daban a la calle. Supuso que no sería muy difícil averiguar la dirección de ella y que, como ocurre en ese tipo de pueblos, cualquiera podría darle los detalles que pidiera. Pero primero era necesario entrar en confianza.

Llamó al mozo y le pidió información. El empleado le explicó que hacía muy poco tiempo que estaba radicado en el pueblo y no conocía demasiado a la gente.

—Quizás aquel señor —dijo, señalando al tipo que estaba solo a su mesa— la conozca. Él viene todas las noches, hace años que vive acá y, por lo que cuentan, ha perdido fortunas jugando.

Pedro agradeció el dato con una buena propina que el mozo guardó con cierto recelo. Se acercó a la mesa donde estaba el hombre y lo saludó amistosamente.

El tipo devolvió el saludo con indiferencia. Era un hombre de edad avanzada y su rostro acusaba un abandono prematuro, exacerbado aún más por el tedio pueblerino.

—¿De dónde viene? —preguntó.

—De Capital —contestó Pedro—. Tengo pensado pasar unos días aquí.

—Por acá no hay mucho que ver. Conozco a todos y cada uno de los que habitan este pueblo.

—Entiendo. Usted es un hombre casi de mi edad... supongo que debe ser muy respetado aquí.

El hombre bebió su vaso de vino de un sorbo y resopló. Miró a Pedro de reojo y dijo:

—No se crea, amigo. Acá todo el mundo sabe que me gusta el juego, y la gente es muy hipócrita, ¿sabe? A uno le pueden perdonar estas debilidades mientras le va bien, pero cuando pierde lo ven como una lacra. Así es, nunca se van a escandalizar porque un hombre haya ganado fortunas en el juego, y créame que yo fui uno de ellos; ahora, si a uno le toca la mala racha, es el peor de todos. Usted me entiende... es como si el ladrón que no pueden atrapar fuera más honesto que el que descubren. Mi desgracia no es ser un jugador empedernido sino haber perdido casi todo en el juego.

El hombre se había excitado notablemente y Pedro notó en sus ojos un lánguido resentimiento. Después lo vio llenar su vaso casi mecánicamente para apurar un nuevo trago.

—Bueno, hombre —dijo al fin—, no se va a quedar ahí parado. ¿Qué tal si toma unos vinos mientras jugamos unas manitos al blackjack?

Pedro aceptó la invitación y se sentó a la mesa. Afuera la noche se desbordaba en silencios y un farol a mitad de cuadra delataba algunas sombras inmóviles.

Estuvieron bebiendo y jugando más de dos horas, hasta que Pedro pensó que había llegado el momento de averiguar lo que realmente le interesaba.

—En realidad —dijo, aprovechando que el otro le había vuelto a preguntar sobre su visita al pueblo—, ando buscando a la señora Elvira Rivas. —Por algún extraño motivo dijo la palabra «señora». Tal vez usted conozca su casa o pueda decirme cómo llegar.

El otro se echó a reír; su rostro se transformó en un festín de grotescas carcajadas, distorsionadas sobremanera por el exceso de alcohol.

—Parece que cayó el candidato de mi querida esposa —exclamó al fin con sarcasmo.

Pedro se puso de pie y empezó a respirar con dificultad. Buena parte de su vida había estado planeando venir a buscar a Elvira y enfrentarse con su esposo si fuera necesario, y ahora que estaba cara a cara con él parecía superado por la situación.

—¿Qué le pasa? —preguntó el esposo—. Parece que se quedó mudo. ¿No dijo que anda buscando a mi señora?

—Sí, me quedé pensando en... bueno, como usted

salió con ese chiste... —dijo Pedro, tratando de sobrellevar lo que le parecía una humorada.

El semblante del hombre se endureció de golpe. Miró fijamente a Pedro y dijo:

—Creo que podemos omitir las hipocresías, amigo. Lo mío no fue un chiste. Usted está bastante más viejo y yo algo borracho, pero sé bien quién es. Hace años que descubrí el lugar donde mi esposa guarda sus fotos. Y si no se lo he dicho antes es porque quería estar seguro de lo que voy a hacer. Le propongo un juego. ¿Qué le parece si sacamos una carta cada uno? Si usted saca la más grande vamos a mi casa, se encuentra con mi esposa y que ella elija. Pero si yo gano, usted se va del pueblo mañana bien temprano y no aparece nunca más en nuestras vidas.

Pedro temblaba y su cabeza era un hervidero de ideas. No entendía la situación. No sabía si la borrachera le estaba jugando en contra o si aquel hombre hablaba en serio. De ser así, ¿qué ganaba sacando la carta más grande? ¿A ella? Le pareció ridículo pero aceptó el desafío.

El hombre mezcló los naipes, lo puso en el centro de la mesa y le pidió un corte.

Pedro partió el mazo en mitades iguales y tomó una carta. El otro sacó un siete de diamantes y lo echó a la mesa.

—Bueno, ¿qué tiene? Terminemos con esto —dijo.

—Usted gana, no la puedo —contestó Pedro dejando su carta sobre el mazo.

El mozo se les acercó y dijo que estaban por cerrar.

El esposo de Elvira saludó a Pedro como si acabaran de firmar un contrato de negocios y se fue, tambaleándose un poco al salir del hotel.

Pedro se fue a su habitación y antes de dormirse estuvo un buen rato ojeando las fotos de Elvira.

A primera hora del día hizo su pequeño bolso y guardó mecánicamente las fotos que había estado mirando la noche anterior. Las acomodó con displicencia; con la fiel rutina con que lavaba sus platos y planchaba su ropa.

Casi con la misma ligereza con la que un par de horas atrás se había ido al mazo con un diez de corazones.